

¿Cuánto cuesta un error?

Somos humanos y nos equivocamos, no importa cuán avanzado estamos en la búsqueda de la verdad, nos equivocamos. Y los errores nos pesan, no sabemos mirarlos.

¿Cuánto cuesta un error en términos humanos?

Cuesta pérdidas, tristezas, desasosiegos, desvelos, llanto. Cuesta rabia, frustración, sensación de vacío, de desamparo, nos desamparamos de nosotros mismos, nos desamparamos a nosotros mismos. Nos castigamos, encerramos o corremos sin sentido, lloramos.

El error en términos humanos nos cuesta caro.

Pero ¿Qué pasa si cambiamos el ángulo? ¿Si buscamos adentro, sin esperar respuestas establecidas, sin códigos ridículos que hemos adoptado? ¿Qué pasa si simplemente nos vemos como humanos?

Me he equivocado, miles de veces, y la última... me costó caro. Eso me dijo mi ego, y no paró hasta encontrarme, débil, quebrada, vacía, angustiada. Y me machacó y machacó hasta el cansancio. Lo sentí reírse de esta humana desamparada que buscaba las respuestas y no las encontraba.

Hasta que llegó la calma, recordé el camino, volví a mi capullo, me mantuve en mi misma, intenté escuchar esa otra parte que habla en calma.

Y vi, aunque con dolor, que mi error tenía un mensaje. Me había olvidado lo aprendido en el camino rico de la vida. Y así volví a ver, que la ira nunca está justificada, que no se trata de cambiar al otro, a nadie, que el trabajo es de uno. Que no podemos entrometernos en las elecciones de otro, porque quizás, le dan resultado, que cada uno con sus formas, que hay mucho más que apariencias, que en el otro yace un corazón como el mío, que aún tiene miedos, que también siente el olvido. Que quizás no los vea, que hizo otro camino, y que mi tarea no es con ese otro, es conmigo.

No puede sanar el sanador no sanado, aunque lo quiera y quizás lo logre a veces, en algún lugar hará agua, porque aún... no ha sanado. Y mostrará su lado débil, y no será comprendido, se han acostumbrado a que sane, ese sanador aún herido.

Olvidarse de uno es tan fácil, a los dadores de energía, a los dadores de luz, a los dadores de esperanzas, se nos olvida que el camino empieza, continúa, crece y se bifurca, en uno, desde uno y con uno. Que nunca es afuera, que todo es adentro, que la vida te lo muestra miles de veces y que las cosas se repiten hasta que se aprende.

Duele. Sí, los errores duelen, más cuando hay un corazón sintiente, que no pasa nada por alto, que se detiene a ver que pasa, y que aún en medio del dolor, no se detiene. Sabe que está acá para algo y que ese algo la contiene, que si le permite, su propósito abrirá la luz del amor y le mostrará aquello que la ira le nubló: su verdad, sus pendientes.

Hace años que trabajo en mí, que me veo, me interpelo, avanzo, pero ya no retrocedo, me detengo, hago pausas, cometo errores que me duelen, pero escucho sus lecciones y la voz del amor que todo lo puede me abraza, me perdona, me devuelve a mí. Con el corazón apretujado decido volver a la senda, renovar las esperanzas.

Me lleva muchos días, recuperarme me lleva días, pero sé que son días ganados aunque aún no lo perciba.

Desde una perspectiva genuina, los errores son peldaños. Nos recuerdan lo que falta, lo que aún no hemos trabajado, no podemos elevarnos llevando piedras en la mochila, necesita espacio, aire, ser liviana y colorida.

Mis errores me duelen, crecí siendo autoexigente, el 10 era la meta, no podía equivocarme, tenía que agradar a los otros, lograr su aprobación, sentirme que valgo porque los otros lo decían. Crecí procurando ser perfecta, la perfecta amiga, la perfecta hija. Y me olvidé que ya era perfecta, que tenía todo adentro mío, pero que había una meta, ver quien en verdad era.

Aprender a amarme, que difícil y ardua tarea. A los dadores de amor muchas veces se nos olvida perdonarnos a nosotros y sentir nuestra propia empatía.

Me he equivocado, si muchas veces, el mundo de afuera me lo cobró caro, o así lo he sentido.

Mi mundo interno, adonde yace mi chispa divina, adonde todo es posible, adonde el perdón anida, me habla bajito, me invita a verme, a ver mis logros internos, y los logros que vienen.

En cada error lloro, pero después, aunque tenuemente, también sonrío. Cuando me perdono, me abrazo, me miro al espejo con profundo respeto, recuerdo el camino. Veo a mi niña que ya no quiere que la reten. Hoy soy su adulto, el único que tiene.

Que mi bondad sea esparciéndose en mi cuerpo, abrazando mis heridas, alentándome a seguir y recordándome que un error sólo es caída.... ¡que recuerde mis rodillas cuando andaba en patineta! ¡Cuántas caídas! Y la bici sin rueditas, y jugar al ring raje y que me atrapen, todo es reflejo de las otras caídas, las que vienen de grande, las que tenemos en la vida. Si me caigo me levanto y aunque aún con esfuerzo, levanto mi frente y miro al cielo, hay un solo camino, se llama.... Aprendizaje. Se llama Amarme.

(hoy lo escribo, sé que no es fácil, aunque lo escriba lo vivo, es mi propio desafío)

